

**LAS DERECHAS: TECNÓCRATAS,
LIBERALES Y *NEOCONS***

Fernando del Rey Reguillo (coord.)

LAS RAÍCES INTELECTUALES DEL CONSERVADURISMO AMERICANO

JULIO ARAMBERRI

Universidad de Drexel

ja43@drexel.edu

1. CONJUNTOS DISJUNTOS.—2. LOS CONSERVADORES NORMATIVOS.—3. LOS LIBERTARIOS.—
4. LA MEDIACIÓN POLÍTICA.—5. CONCLUSIÓN.—6. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

En Estados Unidos los últimos treinta años han visto la aparición de una fórmula política conservadora que ha gobernado el país durante veinte años entre 1980 y 2008. Ese movimiento conservador constituye una novedad que ha sustituido a los anteriores gobiernos de «centro vital». Este trabajo rastrea el conjunto de ideas que le han servido de base y analiza las teorías de algunos de los pensadores más influyentes en su desarrollo. Su tesis central defiende que el movimiento conservador está compuesto por dos tendencias básicas (conservadurismo social y libertarismo) que brotan de inspiraciones contradictorias. Se analizan igualmente los mecanismos que han permitido a esos conjuntos disjuntos ofrecer soluciones políticas comunes y aceptables para un amplio sector de la sociedad americana y se apuntan algunas posibles líneas de quiebra de su actual unidad.

Palabras clave: Estados Unidos, conservadurismo; centro vital; libertarismo; comunitarismo; fundamentalismo cristiano.

ABSTRACT

Over the last thirty years, the USA has witnessed the appearance of a conservative political formula that has governed the country for twenty of the years between 1980 and 2007. This conservative movement is something new that has substituted earlier

political forces that used to fight to govern by dominating the «vital centre». This article traces the set of ideas that have served as its foundations, analysing the theories of some of its most influential thinkers. It argues that the conservative movement comprises two basic tendencies (social conservatism and libertarianism) inspired by contradictory theses. It also analyses the mechanisms that have enabled these two disjointed sets to be set within policy solutions acceptable to a wide sector of American society. It notes possible fault-lines along which the current unity could break down.

Key words: United States, conservatism, vital centre, libertarianism, communitarianism, Christian fundamentalism.

1. CONJUNTOS DISJUNTOS

Existe la convicción entre algunos autores de que la historia social y política de Estados Unidos ha seguido una regla distinta de la que, en general, puede predicarse para Europa. Es la tesis del excepcionalismo americano y ha sido muy discutida seguramente por su indeterminación. Si se le da gran latitud, es una tesis banal que puede aplicarse a cualquier nación o imperio. No hay dos historias exactamente iguales y cada una es excepcional —ya sea la de Estados Unidos, la de Mongolia o la de Zambia. ¿A qué, pues, tanto revuelo por la excepción americana? Para muchos de sus adversarios la razón está clara. Bajo los aspectos diferentes de la historia americana algo parece colarse de matute: que Estados Unidos no sólo se ha dotado de instituciones políticas y sociales diferentes, sino que éstas son, además, superiores a las establecidas en el resto del mundo (Dworkin, 1996; Ross, 1991). Es un debate interesante, pero aquí lo vamos a esquivar.

A Tocqueville (1951), que se cuenta entre los primeros usuarios de la tesis, le importaba algo distinto y más limitado. ¿Podrían encontrarse en América recetas para convertir a Francia en un remanso de orden y de moderantismo? ¿Por qué no se habían producido en Estados Unidos agitaciones revolucionarias al estilo de las que sacudían a la Europa continental y, en menor escala, a Gran Bretaña? ¿Cómo explicar que la ampliación de la democracia en Estados Unidos no viniera acompañada de enfrentamientos sociales? Algo similar azuzaría luego a Marx y sus seguidores, a Sombart (1906), a Wells (1906). ¿Por qué no había socialismo ni laborismo en Estados Unidos? Tampoco vamos a entrar en esta discusión, bien documentada por otros (Lipset, 1996; Lipset and Marks, 2000).

Lo que aquí reclama nuestra atención es algo no menos llamativo. Si se ven las cosas con distancia, en la historia americana no ha habido un movimiento socialista de importancia, pero tampoco uno conservador. Ha habido numerosos políticos y pensadores conservadores, pero no una fórmula conservadora según la entendía Mosca (1923). Esta afirmación puede sorprender porque desde 1968 sólo ha habido dos presidentes demócratas (Carter y Clinton) y, en total, doce

años bajo administraciones de ese partido. Más aún, salvo por el largo interregno Roosevelt-Truman (1932-1952), los republicanos han dominado la historia política del país desde la guerra civil (1861-1865). Si se identifica a los republicanos con los conservadores, no parece que pueda dudarse de la ascendencia conservadora en Estados Unidos.

Pero esto choca con otra tesis emparentada con el excepcionalismo: que las peculiaridades de la historia política americana nunca permitieron la existencia de una fórmula política netamente conservadora (Schlesinger, 1999; Hofstadter, 1948). En realidad, se dice, los americanos han sido siempre gobernados desde el centro y, hasta los Sesenta, ninguno de los dos grandes partidos podía ser considerado como el polo conservador en el sentido europeo de la palabra. Ambos recogían diversos elementos de la derecha, la izquierda y el centro clásicos. Según la terminología al uso, los dos han sido formaciones transversales que recogían seguidores en todos los sectores sociales y no partidos de clase. Sin duda, los republicanos han contado tradicionalmente con mayores apoyos en el mundo de las finanzas, entre el empresariado grande y pequeño y entre los habitantes de las grandes ciudades, pero al tiempo también representaban a buena parte de los granjeros. Haber sancionado la emancipación de los esclavos negros les permitía bruñir un palmarés progresista. En el frente religioso, tenían menos relaciones con las iglesias más establecidas y conservadoras. Las grandes reformas de la Era Progresista (usualmente se llama así al período 1896-1913), que incluyeron el impuesto sobre la renta y la elección directa de los senadores, se llevaron a cabo bajo presidentes republicanos. Los demócratas, por su parte, tampoco eran originariamente el partido de los trabajadores, ni el de los sindicatos, ni tan siquiera el de la gente común. Esos grupos sólo empezaron a votarles masivamente desde la crisis del 29 y la llegada a la presidencia de Franklin Roosevelt. Antes, en el Sur del país los llamados *Bourbon Democrats* reunían en torno a sí a hombres de negocios, casas de banca, compañías de ferrocarriles, y también a granjeros y aparceros blancos. Sus votantes eran miembros de las iglesias más jerárquicas. De esta suerte cabría decir que en la política americana no ha existido un polo realmente conservador hasta tiempos recientes.

De nuevo, esto puede parecer sorprendente, especialmente tras las elecciones presidenciales de 2004, donde, a pesar de los 15 millones más de votantes que en 2000, el segundo Bush obtuvo una ventaja de 3,5 millones sobre John Kerry y aumentó su porcentaje de penetración en todos los grupos sociales con la sola excepción del 4% del electorado que se declara homosexual. Desde 1936 con Franklin Roosevelt, ningún presidente había sido reelegido al tiempo que conseguía aumentar los escaños de su partido en el Congreso. Si, como muchos pensaban, hasta entonces el electorado americano había estado demediado, entre progresistas y moderados, el triunfo de Bush y de las candidaturas republicanas al Congreso parecían haber dado un vuelco definitivo al empate político que se venía manifestando desde el fin de la era Reagan (1980-1988) y

auguraba el comienzo de un realineamiento en torno a los conservadores. El electorado que en el año 2000 se autodefinía en un 50 por ciento como moderado bajó en 2004 al 45 por ciento, mientras que quienes se declaran conservadores habían subido al 34 por ciento desde el 29 del año 2000. Si la era Reagan anunció la posibilidad de una hegemonía duradera de los conservadores, con la presidencia de Bush Jr. se estaba tocando, por fin, la tierra prometida. El futuro dirá si esas cuentas eran correctas o el deseo travestido de realidad.

Sobre lo que no parece haber ya dudas es sobre el peso del movimiento conservador americano. Si el país estuvo gobernado a lo largo de siglo y medio por el llamado centro vital (Schlesinger, 1997), la situación ha cambiado notablemente. Los conservadores americanos han conseguido establecer una fórmula política que parece llamada a perdurar. Lo que toca plantear aquí es un par de cuestiones modestas. La primera, explicar cómo se forjó intelectualmente esa fórmula. La segunda, si en verdad ésta ha conseguido consolidar las visiones contrapuestas que, de siempre, se han hecho notar en su seno.

Toda fórmula política exitosa tiene como base una coalición social, es decir, se basa en una conjunción de intereses. Junto a este rasgo suelen darse otros: cuadros de probada capacidad organizativa; equipos dirigentes conjuntados; apoyos sociales; financiación; programas basados en ideologías generalmente compartidas. Pero, por mucho que todas estas últimas características parezcan predominar cuando la fórmula funciona bien, lo que permite ante todo a un movimiento político actuar con eficacia es ser una caja de compensación de intereses. Nuestra insistencia en la importancia de los intereses no debe ser interpretada como una minusvaloración de las ideologías. De hecho suelen ser consideraciones ideológicas de conjunto las que mueven a los electores a favorecer a un movimiento o partido sobre otro. Pero las ideologías tienen que responder a los cambios ambientales sin romper sus lazos con los coaligados. El movimiento conservador americano no es una excepción a la regla.

Hay muchos sectores en su seno y todos ellos necesitan ser, de alguna manera, acomodados. En un trabajo sobre el populismo de derechas en Estados Unidos, Berlet y Lyons (2000: 417-418) contaban hasta once subcorrientes principales, agrupadas en dos fundamentales —conservadores y ultraderecha. La hipótesis de la que partimos aquí es distinta. Sin duda hay muchos sectores dentro del conservadurismo americano pero no se organizan de esa forma. La ultraderecha (que, según los autores citados, incluye tanto a los fundamentalistas cristianos como a los supremacistas blancos y xenófobos) no es un factor excesivamente significativo. Aunque exista —y existe— no tiene gran peso dentro del movimiento conservador. Son otras las dos grandes corrientes que convergieron en la formación de la nueva derecha. La primera metía al individualismo en un nuevo envase, eso que en Estados Unidos se llama *libertarismo*, básicamente interesado en el retorno a la libre competencia y el desmantelamiento del estado de bienestar. Junto a él, la nueva derecha cuenta con el *conservadurismo normativo*, más preocupado por cuestiones sociales y culturales

y la defensa de los valores religiosos y familiares. Ambas corrientes forjaron su alianza bajo la premisa de que era necesario gobernar con una nueva coalición social que rompiera con el consenso centrista tradicional. Hasta hoy han sido capaces de establecer una división del trabajo que, a grandes rasgos, deja en manos de los hombres de negocios el manejo de la economía a cambio de que éstos sancionen los principios morales que los normativistas quieren imponer a la sociedad. Nuestra hipótesis es que esas dos ideologías, que no dejan de ser dos conjuntos disjuntos, han podido prosperar como un movimiento por la división del trabajo antes mencionada, complementada por el pragmatismo de sus representantes a la hora de formular políticas aceptables para el variopinto conjunto de intereses que lideran.

Sería imposible abordar aquí en detalle la historia política de las relaciones entre los dos componentes fundamentales del actual conservadurismo americano, así que nos limitaremos a destacar algunos aspectos claves de su evolución en el terreno de las ideas. Aunque no hay una plétora de trabajos historiográficos al respecto, quien desee investigar más a fondo cómo se ha forjado el movimiento conservador en Estados Unidos puede referirse a un par de ellos que ofrecen un panorama general de las relaciones entre las dos corrientes (Nash, 1998; Frohnen, Beer y Nelson, 2006).

2. LOS CONSERVADORES NORMATIVOS

Dentro del movimiento conservador normativo los dos pensadores más originales han sido, a mi entender, Russell Kirk y Leo Strauss.

Cuando Russell Kirk (1918-1994) trató de establecer la genealogía de lo que hoy llamamos conservadurismo normativo, no tenía gran cosa de donde echar mano en la tradición americana. Su primer trabajo importante lo dedicó a John Randolph (1773-1833), un político salido de Roanoke, en Virginia (Kirk, 1951) y, por más que Kirk intentara darle vuelo, Randolph no tenía mucho recorrido. Era, sobre todo, un defensor de los intereses coyunturales de los plantadores de Virginia y del Sur frente al peso creciente de la industria y las finanzas establecidas en el Norte. Randolph se interesaba, sobre todo, por la política, no por las ideas. Sin embargo, en su defensa de la agricultura, del libre comercio y del federalismo y en su oposición a los impuestos, al crecimiento del gobierno federal y a la guerra había, según Kirk, algo que recordaba a Burke.

La mentalidad conservadora es la mejor obra de Kirk y una de las claves centrales del conservadurismo americano. Por la amplitud de su contenido y por la argumentación aducida representa la ruptura con el conservadurismo anterior, de escasa ambición teórica. El libro, según los deseos de Kirk en 1953, fecha de su primera edición, debería haberse llamado *La derrota del conservadurismo*, pero a su editor le pareció que así se daba la impresión de un desenlace fatal e impuso un título menos comprometido.

El joven profesor de historia que entonces era Kirk necesitaba encontrar las razones de la escasa presencia conservadora en Estados Unidos como punto de partida para una reconstrucción de su influencia y fue su falta lo que le llevó a recurrir a la ficción de una común tradición conservadora anglosajona que convertía a Burke en el primer eslabón del conservadurismo americano. A fin de cuentas, un conservador tiene que enlazar con la tradición y, además, Burke había defendido las razones de las trece colonias que se levantaron contra el dominio británico. Pero, señala Kirk, su posición nada tenía que ver con una apología de la revolución en abstracto. Burke comprendió la especificidad de la revolución americana como una reacción conservadora contra las innovaciones que la corona británica trataba de imponer. Nada similar a lo que iba a suceder posteriormente en Francia y a levantar sus críticas.

¿Qué suponía Kirk haber encontrado en Burke? Nada menos que las bases generales de toda opción conservadora que aspire a hacerse respetar (Kirk, 1986), a saber:

- Creer en la existencia de una ley natural que ordena la sociedad.
- Aceptar la variedad y el misterio de la existencia humana.
- Saber que una sociedad civilizada requiere la existencia de órdenes y clases.
- Comprender que libertad y propiedad están íntimamente ligadas.
- Creer en la tradición y desconfiar de los sofistas que pretenden reconstruir la sociedad mediante recetas abstractas.
- Considerar que no todo cambio es necesariamente saludable.

Todo lo cual se resumía en un precepto fundamental: la esencia del conservadurismo consiste en preservar las antiguas tradiciones.

Curiosamente, ese centón de Kirk no acaba de encajar. Las seis premisas no derivan necesariamente en la conclusión. Burke podía ser categórico a la hora de juzgar los acontecimientos políticos de su tiempo y, de hecho, su militancia en contra del jacobinismo (Burke, 1968) será seguramente la mayor causa de su fama, pero no está claro que hubiera firmado cada una de ellas.

Las tradiciones no son similares en todas partes, lo que plantea el problema de cómo elegir cuando se enfrentan o, simplemente, cuando ofrecen soluciones alternativas. La respuesta de Burke lleva a pensar que las tradiciones se conforman a lo largo de la historia de los pueblos, pero Kirk quiere ir más allá. «El orden moral, las costumbres antiguas y la cautela en las reformas no son lemas meramente ingleses, sino de general aplicación» (1986: 18). Burke puede insistir en el origen histórico de las tradiciones, pero la historia, dice Kirk, no es sino la forma en que Dios se revela a los hombres. El escéptico, empero, no puede dejar de reseñar un núcleo oscuro. Si Dios quiere revelar sus propósitos, por qué lo hace de forma tan contradictoria. No indagemos, aconseja Kirk. Con el Dr. Johnson cuando le negaban el libre albedrío, Kirk cree que Burke hubiera contestado «basta ya de darle vueltas al molino». Sólo si empezamos por respetar esa ley divina tiene sentido hablar de derechos humanos.

¿Habla Burke o habla Kirk? Más bien lo segundo. Sin duda, Burke renegaba de la interpretación de la obligación política de Rousseau y de su versión libre jacobina, pero no necesariamente hacía tabla rasa de la Ilustración. La razón podía parecerle a Burke un instrumento débil y poco utilizado por la mayoría, pero no defendía que hubiese de ser desechada —en ocasiones las soluciones innovadoras se han revelado más eficaces que el apego por lo establecido—, pero tampoco es una patente de corso. Más que por la razón, la gente común se guía por el saber acumulado durante generaciones. Incluso cuando su juicio se basa en prejuicios, no hay que correr a descartarlos pues les tenemos tanta más querencia cuanto más duraderos y la imposición de soluciones racionales puede causar más daño que obedecer las tradiciones. La moral de Burke es un juicio de conveniencia. Si debemos defender las bases morales de la tradición es en evitación de males mayores, del cambio por el cambio. Parados a pensar, el argumento de Burke no coincide fácilmente con la ley natural. Más parece que Kirk le fuerza la mano para cubrir su propio pensamiento con el recurso a una autoridad intelectual bien conocida.

Con estas credenciales sedicentemente burkeanas, Kirk va repasando otros componentes de la mentalidad conservadora anglosajona tal y como él la quiere delimitar, en un largo e interesante recorrido que le lleva de John Adams a Fenimore Cooper, de Macaulay a Tocqueville (el único extraño en su paraíso), de Disraeli a Newman, de Santayana a Eliot. La suya es una conclusión agrisadulce —el conservadurismo ha sido derrotado, pero a sus rivales no les ha ido mejor. Lionel Trilling (1976) podía tener razón cuando declaraba en 1950 que el liberalismo se había convertido en la única tradición intelectual americana, pero la conseguía al precio de ignorar que sus enseñanzas estaban cada vez más acartonadas. Y justamente en el momento en que Trilling ejecutaba su danza guerrera había empezado a oírse un coro creciente de voces que clamaban por la vuelta de las ideas tradicionales, prescriptivas o conservadoras. Su derrota no era ni mucho menos definitiva si se encontraba el rumbo preciso. El último capítulo de su libro clave lo reescribió Kirk en torno a 1985 y su tono, como el otros ensayos de esta época, era notablemente más optimista. Por esas fechas, sus propuestas habían ganado audiencia y Reagan había inaugurado una etapa netamente conservadora en la política americana. El conservadurismo había superado su derrota.

* * *

Leo Strauss llegó a Estados Unidos en 1937, como muchos intelectuales alemanes huyendo del nazismo. En ese país tuvo una vida profesional difícil hasta que en 1949 alcanzó un puesto estable de profesor en la Universidad de Chicago. A diferencia de los más de sus colegas, Strauss no era persona de izquierdas. Desde los primeros escritos, su visión de la filosofía política estuvo marcada por el rigorismo talmúdico de la *yeshiva* que no le abandonaría por el

resto de sus días. ¿Cómo, si no, puede entenderse su insistencia en que la filosofía política tiene unos fundamentos absolutos que los filósofos modernos fueron cuestionando poco a poco hasta hacerlos desaparecer? La obra clave donde se ilumina ese recorrido del modernismo hacia la crisis es *Natural Right and History* (1965), pero los argumentos se reiteran y afilan en el libro que dedicó a Maquiavelo (1964). Empezaremos por este último.

Maquiavelo fue un hombre malvado sostiene Strauss. ¿Cómo llamar de otra forma a quien alecciona al príncipe a liquidar a sus rivales en vez de confiscarles sus patrimonios pues el robo es menos definitivo que la muerte y anima a una venganza que los difuntos no pueden ejercer? Antes otros dijeron cosas parecidas, pero como al desgaire, poniendo sus opiniones en boca ajena. «Maquiavelo es el único que ha osado expresar la mala doctrina en un libro y en su propio nombre» (Strauss, 1964: 10).

Buena parte de sus comentaristas lo atribuyen a su intención de fundar la política sobre los hechos y no sobre los deseos. Pero, en lo tocante al *Príncipe*, ésta es una apariencia engañosa pues el libro no queda ahí. Su tercera parte, tan reputada por quienes la ven como el fundamento de la ciencia política moderna, se cierra con una llamada a la liberación de Italia. Así, el tratado degenera en propuesta política o, según se mire, en panfleto. *El Príncipe* es un toque de clarín — como su meta es poco susceptible de alcanzarse con los fines y métodos políticos tradicionales, necesita de recursos extraordinarios que son precisamente los que llaman la atención por lo nefando. Lograr la liberación de Italia requiere hacer tabla rasa de las normas morales de lo que Wilmoore Kendall (1985) llamaba la Gran Tradición.

A primera vista los *Discursos* parecen complementar la obra anterior con otro tratado sobre cómo los regímenes se suceden unos a otros, pero no hay tal. De nuevo, prima en ellos la necesidad de reencauzar la acción. A los contemporáneos de Maquiavelo se les había enseñado a considerar las virtudes de los antiguos no como un antecedente de las de los modernos, sino como vicios a rechazar en su totalidad. Su amor por el honor y la gloria mundana tenía que ceder a la humildad o la caridad, pero el cambio de ruta del último capítulo del *Príncipe* intima la necesidad de conocer lo que los antiguos, cuyo epítome de virtud estuvo en Roma, consideraban lo mejor. Ésa es la verdadera función de los *Discursos*.

Aquí entra a la carga Strauss con una acusación seria. «Maquiavelo usa conscientemente a Livio para sus fines no-lívicos» (Strauss, 1964: 159). Según Strauss, tras haberse envuelto a menudo en la toga de Livio, cuando trata de algo tan crucial como lo tocante a las causas de la grandeza romana Maquiavelo no duda en despojarse de ella a toda prisa. Livio, con Plutarco, pensaba que al esplendor de Roma contribuyó más la Fortuna que la Virtud, pero en esto Maquiavelo no transige. Con la vista en su fin principal, apunta que sí, al cabo, todo se debe a la suerte no puede haber programa político digno de confianza.

Así podría concluirse que la Gran Tradición estaba más cerca de la verdad que esos dos autores clásicos al subrayar el predominio de Virtud sobre Fortuna. Pero, para Maquiavelo la Virtud tiene un fundamento distinto del que aquélla le daba. «Los hombres están obligados por la necesidad a hacer muchas cosas que la razón desaprueba. En tales casos, obrar virtuosamente consiste en someterse a la necesidad, incluso a la necesidad de pecar» (Strauss, 1964: 297). Esta filosofía rompe con la tradición clásica y Maquiavelo gira hacia una filosofía política basada en la autopreservación, es decir, en el egoísmo. La nueva filosofía se guiará por el modo como viven los hombres y no por el modo como deben vivir. La virtud maquiavélica es una revuelta contra la Virtud.

A partir de ahí, las cosas han empeorado. En su obra central, Strauss repasa la disolución progresiva de los fundamentos del antiguo derecho o ley natural por la filosofía política moderna. Con Hobbes el desvío se hace más evidente y aún más arbitrario (Strauss, 1988). De la observación de la naturaleza Hobbes deriva que la preservación individual es el más fundamental de todos nuestros deseos y la base de nuestros derechos más básicos. ¿Quién, empero, será el juez de lo que ese derecho significa y de si la forma en que lo defendemos es o no apropiada? Si reservamos esa facultad en exclusiva a los individuos, nos encontraremos con que el derecho se sustituye por la arbitrariedad. Como sabemos, la solución de Hobbes es el contrato entre todos para someterse incondicionalmente a las órdenes de un soberano al que se le entregan voluntariamente todos los poderes. La justicia ya no depende de normas independientes de la voluntad humana, sino que es fruto de la convención social. Por esa misma pendiente se despeñaron todos sus sucesores, de Locke a Rousseau. Pocos considerarían que pueda contarse a Burke como otro jalón en el vaciamiento de la Gran Tradición, pero Strauss no duda en ser la excepción. Para Burke, la ley es ley por haber sido adoptada por mayoría. Su idea de los derechos naturales no dista de la de sus denostados jacobinos sino en el método y su oposición a los experimentos políticos no es de principio, sino fruto de la conveniencia. A Strauss no le asustaba que pudiesen compararle con Catón en punto a exigencias.

Su solución es una vuelta a la ley natural clásica según se entendió desde Sócrates hasta Tomás de Aquino. Suele pensarse que la gran aportación de Sócrates fue llamar la atención sobre las cosas humanas y cómo explicarlas a la luz de la razón, dejando a un lado las discusiones de sus antecesores sobre la naturaleza o las deidades, pero esta sabiduría convencional es falaz. La mirada de Sócrates a lo humano, su gran diferencia con quienes le precedieron, no le llevó a despreocuparse de las cosas no humanas sino a explicar en qué consiste cada una de esas categorías y cómo se articulan entre sí, en definitiva, en dar cuenta del orden del todo, del cosmos (Strauss, 1978). Desde esta perspectiva holística nunca podríamos equiparar lo bueno con lo placentero, como quieren los modernos. El todo determina la jerarquía de las necesidades específicas. «Un ser es bueno, ‘está en orden’, si funciona bien. Por tanto, el hombre será

bueno si ejecuta bien el trabajo propio del hombre, el trabajo que corresponde a la naturaleza humana y que es requerido por ésta» (Strauss, 1965: 127).

En el caso de los humanos, eso significa vivir en sociedad, pues no pueden vivir bien sin los demás. La libertad sólo puede alcanzarse en sociedad, donde la presencia ajena nos hace experimentar un cierto retraimiento, un santo temor de que no todo está permitido, al que solemos llamar conciencia moral. A escala de la ciudad el poder viene igualmente requerido por el orden cósmico. No puede decirse que la sociedad política vaya contra la naturaleza humana porque el poder coarta. Incluso cuando es despótico, el poder sólo es injusto si se aplica a quienes pueden ser gobernados mediante la persuasión (Strauss, 2000). El poder, pues, puede ejercerse de diversas maneras y, para los clásicos, aunque sólo haya un régimen óptimo —el gobierno de los mejores, la aristocracia— en la realidad existe una variedad de fórmulas políticas legítimas. La ciudad cristiana mejora, según Strauss, las posiciones de los clásicos, armonizando derecho natural y sociedad civil al hacer inmutables por un *fiat* divino las proposiciones básicas de aquél. «En resumen [...], la ley natural es prácticamente inseparable no sólo de la teología natural [...], sino también de la teología revelada» (Strauss, 1965: 164). Aunque la formulación sea considerablemente cabalística, parece lógico concluir que Strauss aprueba, con Tomás de Aquino, la usucapación de la ley natural por la fe.

Con esa propuesta, piensa Strauss, nos hemos librado del relativismo en filosofía moral y política. Si así fuera, empero, sería previo pago de un alto precio. Ante todo, habría que aceptar que la tradición clásica antigua a la que Strauss se refiere (Sócrates, Platón, Aristóteles, los estoicos) concordaba con la cristiana sobre cuestiones como la esclavitud, la familia, el papel social de las mujeres, la homosexualidad o el mejor régimen político, cuando sus diferencias son palmarias. Incluso en la edad media, la unidad de esa tradición sólo puede defenderse silenciando precisamente a quienes la recuperaron para la Europa occidental, es decir, a Averroes y a los averroístas latinos (Strauss, 1995), que no extrañan de ella las mismas conclusiones del Aquinate.

Si de la historia pasamos a la teoría, todo el esfuerzo de Strauss por mostrar que el uso de la razón permite hallar los fundamentos de la ley natural deviene baldío, pues al cabo sólo la revelación muestra el camino correcto. ¿Qué hacer con todos aquellos cuya razón les conduce a una conclusión opuesta —que la sociedad y la moral son mecanismos de autopreservación que o bien se establecieron por convención; o bien son fruto de respuestas, en parte programadas, para perdurar asegurar la continuidad de la especie (Nozick, 1974)? Cómo puede Strauss acusarles falta de fundamento racional, cuando a la postre para él la perfección moral sólo puede hallarse en la renuncia a la razón.

En definitiva, el recurso de Strauss a la Gran Tradición no parece tener otra meta que dar verosimilitud a lo inverosímil —que la razón humana por sí sola no puede encontrar principios para basar la moral y la justicia; que en el fondo sólo la revelación las garantiza adecuadamente. Como en Kirk con Burke, lo

que aquí aparece es una apropiación indebida de los autores clásicos por mor de dar al razonamiento una legitimidad de la que por sí mismo carece.

* * *

Gran número de conservadores no leerá nunca a Strauss, pero eso no detrae un ápice de su importancia. En primer lugar, Strauss levantó un puente que unía al conservadurismo con la tradición intelectual más respetada del pensamiento occidental. La filosofía greco-romana y la escolástica cristiana se fundían en un todo en el que la revelación terminaba por reinar suprema. En segundo lugar, para él, los individuos no pueden subsistir sin la existencia de una comunidad a la que están unidos, sobre todo, por un conjunto de deberes. La virtud consiste en reconocerlos y cumplir con ellos en el servicio a los demás. De esta forma, Strauss daba legitimidad a dos corrientes que han cobrado gran importancia dentro del conservadurismo normativo —el fundamentalismo religioso y el pensamiento comunitarista.

Fundamentalismo es un término muy amplio que generalmente se aplica a aquellos movimientos religiosos que proponen una interpretación literal de los textos sagrados. Hay, pues, fundamentalismos de todo pelaje. En Estados Unidos se usa la palabra desde la controversia antimodernista de principios del siglo pasado y se aplica a quienes creen que la biblia es la autoridad suprema en cualquier asunto. Los fundamentalistas también defienden la predicación activa del evangelio y algunos de ellos entienden que el fin de los tiempos está próximo. Su sensación de poseer la verdad les llevaba a enredarse en querellas doctrinales sin salida y a excluir toda discrepancia. Billy Graham cambiaría la ecuación al relajar la tensión en asuntos de credo y aconsejar a los evangélicos mayor tolerancia mutua, más espíritu de cooperación y mayor conciencia social. Los fundamentalistas posteriores han llevado a sus seguidores a una creciente participación en la vida política, algo que hasta hace cuarenta años no les preocupaba gran cosa. Hoy, por el contrario, los diferentes movimientos evangélicos prefieren dejar a un lado sus diferencias, entenderse con otros grupos religiosos y hacer valer sus votos en favor de los candidatos que defienden sus posiciones (Armstrong, 2001; Diamond, 1995).

Este giro se produjo a medida que la sociedad americana comenzó a aceptar modos de vida más abiertos en los Sesenta. La legalización del aborto, la separación iglesia-estado, la tolerancia de la pornografía, el movimiento feminista, el consumo de drogas, el matrimonio homosexual han llevado a los fundamentalistas a iniciar una cruzada para que la religión recobre su papel central. Hoy se encuentran organizaciones fundamentalistas en casi todos los rincones de la sociedad americana, desde las asociaciones de padres en las escuelas hasta los colegios profesionales (Marty y Appleby, 1991, 1993a, 1993b, 1994, 1995). A su vez, las iglesias fundamentalistas han sabido extender su mensaje de forma innovadora, adaptando modelos de las escuelas de negocios en cuanto a ima-

gen, desarrollo de productos, distribución y mercadeo. Otra de sus habilidades ha sido el manejo eficaz de los medios de comunicación (Smith, 2006).

Las dos personalidades más salientes dentro del nuevo fundamentalismo han sido Jerry Falwell y Pat Robertson. Falwell fue el pionero del televangelismo y de la iglesia electrónica. En 1956 inició un programa (*Old Time Gospel Tour*) que, para 1984, se emitía en 400 emisoras de televisión y 500 de radio. El programa giraba en torno a la idea machaconamente repetida de que para salvar almas había que salvar al tiempo a la sociedad, por lo que los cristianos tenían que convertirse al activismo político y hacer que los poderes públicos defendiesen la familia, los rezos en las escuelas públicas, la ley y el orden y una defensa nacional fuerte. A finales de los Setenta, Falwell contribuyó a la creación de la Mayoría Moral cuya participación en las campañas presidenciales de Reagan y el primer Bush tuvo gran importancia. Robertson siguió un camino paralelo. En 1960 fundó una cadena cristiana de televisión (CBN) cuyos programas llegaban a nueve mil comunidades en cincuenta países. Su programa más conocido era el Club 700 que daba noticias y opinaba sobre los sucesos del día desde una perspectiva fundamentalista. En 1989 Robertson fundó la Coalición Cristiana para movilizar a sus seguidores en defensa de las numerosas causas monotemáticas que promovía. En cualquier caso, la contribución fundamentalista al desarrollo intelectual del conservadurismo ha sido bastante menos importante que su capacidad de movilización política.

Más fuste doctrinal ha tenido el movimiento comunitarista. El comunitarismo critica tanto a los liberales como a los libertarios por entender que ambos tienen una imagen mecánica de la sociedad. La sociedad no es sólo un conjunto de individuos, sino una comunidad de lazos sociales que imponen deberes morales y sociales (Etzioni, 1995). Si los individuos no respetan esos deberes, les resultará muy difícil hacer valer sus derechos. Por tanto, cuanto más vivos son los lazos que unen a los individuos, tanto mejor funcionará una sociedad. Las sociedades necesitan de un entramado que encuadre a sus miembros, desde las familias hasta las comunidades étnicas, religiosas, culturales o deportivas. Mucho antes de enseñarles cuáles son sus derechos, a los niños se les socializa dentro de una red comunitaria que les instruye sobre las respuestas apropiadas ante la vida. Las comunidades proveen a sus miembros de identidad y aumentan el capital social, en vez de dejarles huérfanos como, según ellos, hacen liberales y libertarios. Las fórmulas comunitaristas para alcanzar ese fin, sin embargo, no están muy claras. Putnam (2000), uno de los más conocidos representantes del comunitarismo, repasaba cómo el capital social ha ido disminuyendo a lo largo de un número de dimensiones (participación política, cívica, religiosa, en actividades de voluntariado y demás) y acababa por aconsejar que, entre otras cosas, los americanos participen más en bailes comunales, conjuntos corales, teatro local o festivales de rap. Un programa sin duda estimulante.

Fundamentalistas y comunitaristas proponen de consuno un remedio para recobrar el buen camino —el ejercicio de la virtud. La virtud es la cara positiva

del deber y su recompensa es la satisfacción por el deber cumplido (Bennett, 1996). En el terreno de la política, virtud se traduce por carácter, es decir, por la capacidad personal de los políticos de ajustar no sólo su conducta pública sino también la privada a un estricto conjunto de reglas entre las que se cuentan no haber consumido nunca drogas, no permitirse una sola mentira, mantener una estricta monogamia si están casados —y todo político de éxito debe estarlo— y demás prendas privadas del buen servidor público. Como es sabido, todo esto ha dado lugar a una serie de enredos protagonizados por políticos de todos los partidos, como el hundimiento de la campaña presidencial de Gary Hart en 1988, la acusación (*impeachment*) contra Clinton en 1998, la pérdida de credibilidad de William Bennett por su afición al juego y otras muchas historias que hacen las delicias de los medios y afirman a los conservadores en su convicción de que son muy pocos los elegidos.

3. LOS LIBERTARIOS

Aunque sea bien conocida, no es ocioso reiterar la diferencia entre un liberal americano y otro europeo. Los liberales europeos han sido tradicionalmente partidarios de la sociedad de mercado con una alta dosis de *laissez-faire*, individualismo y moderación política. En Estados Unidos, por el contrario, el término adjetiva a lo que se ha llamado liberalismo social, es decir, a los partidarios de la intervención estatal para limitar las desigualdades propias de las sociedades capitalistas. En Europa estos últimos son más conocidos como progresistas, pero los liberales americanos son los antónimos de los liberales europeos. Sus homónimos americanos se quedaron sin la marca a comienzos del siglo XX y, en vez de dar una batalla, prefirieron hacerse llamar libertarios, es decir, partidarios de que las sociedades existen, ante todo, para promover la libertad de los ciudadanos bajo la ley. Los autores que mejor lo han definido han sido Friedrich von Hayek y Milton Friedman.

En 1944, en plena guerra mundial apareció en Londres *Camino de Servidumbre* (Hayek, 1994). No era la primera obra de Hayek, que había llegado a ser un economista de fama internacional a temprana edad. A Hayek se le cuenta como un eslabón (junto con Menger, Böhm-Bawerk y otros) de lo que los economistas conocen como *la escuela austriaca*. Sus primeros trabajos se dedicaron al estudio de los ciclos económicos, llamaron la atención en Gran Bretaña y le valieron un puesto de profesor en la London School of Economics. Hayek no tenía por costumbre morderse la lengua, así que al poco de desembarcar en Londres se enredó en una polémica académica con Keynes. Keynes defendía el liderazgo del sector público planificando parcialmente el proceso de producción y, sobre todo, no temía echar mano de técnicas inflacionarias para salir del agujero de la depresión del 29. Hayek, por su parte, mantenía opciones monetaristas más clásicas. No era fácil llevar la contraria al mago en aquellos mo-

mentos, así que Hayek hubo de soportar el papel de derrotado, cosa que no congeniaba con su carácter pugnaz.

Todo esto no salía del círculo de los economistas ni excitaba la atención del gran público, pero a Hayek le animó a enrocarse en un liberalismo de pura cepa frente a las crecientes tendencias colectivistas que, según él, experimentaba el gremio. Así que, dando de lado ecuaciones y modelos, pasó a interesarse por las razones del cambio de paradigma que defendían sus colegas y a formular su pensamiento como filosofía política. Su incursión más citada por este campo la llevó a cabo con *Camino de Servidumbre*. Si los europeos no mostraron gran entusiasmo por la buena nueva, en Estados Unidos las cosas pintaron diferentes. La Universidad de Chicago hizo una primera edición de 2.000 ejemplares, pero una semana después tuvo que imprimir 5.000 más que se agotaron con igual rapidez. Poco después *Readers' Digest* publicó un resumen del libro para su amplia audiencia y el nombre de Hayek empezó a sonar fuera de los ambientes académicos (Nash, 1998).

¿Cómo resumir su mensaje? Los problemas con que se habían enfrentado, bastante mal por cierto, las sociedades libres durante los Treinta parecían de índole política —deriva hacia los totalitarismos y deslegitimación de la democracia—, pero en el fondo brotaban de las acometidas del colectivismo a la economía de mercado, es decir, tenían una raíz económica. La descalificación del capitalismo y del individualismo había arreciado desde que las ideas e instituciones liberales llegaron a su cima en torno a 1870. Durante los sesenta años siguientes, con epicentro en Alemania, se forjó la noción de que ese orden había entrado en un declive irreversible. La decadencia de Occidente que tanto se trajinaron los académicos allende el Rin, no era la de Europa en general —tan sólo la de los países al oeste de Alemania. Esa idea inspiró tanto a los hegelianos de derecha como de izquierda; tanto a los partidarios del estado-providencia bismarckiano como a la socialdemocracia; tanto a los comunistas como a los nazis, pese a los enfrentamientos que mantuvieron todos entre sí por alcanzar el liderazgo político (Hayek, 1991). En conjunto, todos esos movimientos renegaban del respeto a las opiniones y a los gustos de los individuos, mostraban su escepticismo sobre su importancia para el desarrollo económico y execraban que su reconocimiento hubiese representado un jalón decisivo en la historia de la humanidad. Con el rechazo a la libertad de comercio y al individualismo, también tiraban al basurero de la historia el desarrollo de la ciencia y la reorganización económica y cultural que acabó con la sociedad estamental y abrió paso a la democracia (Hayek, 2007). Su idea común se resumía en una organización *racional* de la economía —la planificación—, es decir, en la formación de grandes monopolios dirigidos desde el sector público. Así creían posible que un grupo de próceres definiera cuáles serán nuestras necesidades en cada momento y cómo tendrá que reaccionar el aparato productivo para cubrirlas. Estamos en las antípodas del individualismo y en la negación de la libertad, camino abajo hacia la servidumbre (Hayek, 1996).

La economía planificada es una economía de imposición que tiene que derivar hacia la dictadura. Sus partidarios se consuelan con la expectativa de que el *diktat* sólo afectará a la esfera económica — una ilusión. Todos ellos coinciden en que los más altos fines de una sociedad están por encima del dinero, pero en la realidad el tipo de economía elegido afecta decisivamente a esos fines. Al dotarnos de un amplio elenco de opciones para alcanzarlos, el dinero y el mercado hacen posible satisfacer esos altos fines de mejor manera que ningún otro modo de producción. Por el contrario, una economía planeada implica control total sobre los medios que hacen posibles los fines. La alternativa al sistema de precios y al dinero, pues, es el poder ilimitado del poderoso, ya sea un líder, ya las burocracias de los partidos de masas. Se critica mucho la desigualdad que suele acompañar al capitalismo, pero nada en este régimen económico es comparable con el poder funcional que decide si y en qué podrá trabajar cada quien.

Hayek no se pensaba a sí mismo como un doctrinario. Su ataque al colectivismo estatal no le llevaba a creer en la superfluidad del estado, ni a ignorar que a menudo la economía capitalista no alcanza resultados óptimos en cuanto a la igualdad de resultados entre los individuos (Hayek, 2007). El mercado, empero, no es incompatible con fórmulas que hagan más llevaderas esas limitaciones. Hay argumentos, decía, para defender la existencia de redes de seguridad social que las palien. Pero lo fundamental para un buen funcionamiento del sistema es el imperio de la ley (Hayek, 1978a, 1978b, 1981). La desigualdad se acepta mejor cuando resulta del juego de fuerzas impersonales que de la voluntad funcional. Las mismas reglas valen en la esfera internacional. Los partidarios de la planificación mantienen que las fuerzas de la competencia pueden ser sustituidas por negociaciones interestatales o entre grupos monopolísticos, pero la planificación internacional es aún más ilusoria que la interna y no podría aplicarse más que con el recurso a la fuerza pura y simple.

Tal es en síntesis el mensaje de *Camino de Servidumbre*. Se dirá, con razón, que no difiere gran cosa del de los economistas clásicos. ¿Eran, pues, las ideas de Hayek el fruto de un tiempo ya ido? No y sí. En los Ochenta, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, se dio un giro hacia la llamada economía de oferta, con importantes recortes de impuestos, mayor protagonismo de los mercados, relativo adelgazamiento de las administraciones públicas y limitación de los beneficios sociales del Estado de Bienestar. Similares tendencias, aunque más limitadas, han despuntado en otras sociedades avanzadas. Internacionalmente, el FMI empezó por esa misma época a aplicar el llamado Consenso de Washington, exigiendo a los países que quisieran acogerse a su financiación importantes desarmes tarifarios, apertura a las inversiones extranjeras, privatizaciones y libertad de movimientos de capital. En un sentido estrictamente económico eso es lo que se suele llamar globalización y es sabido que ésta ha conocido un fuerte impulso en los últimos veinte años. Hayek ha sido una clara fuente de inspiración para los defensores de estas políticas en póstuma venganza sobre Keynes.

Al tiempo, en la posguerra mundial se conoció una expansión espectacular del intervencionismo público en la economía de todos los países desarrollados. Incluso en Estados Unidos se llegó a imponer en 1971 un control de salarios y precios. En 2005 la carga impositiva media en los países OECD, es decir, la participación estatal en su vida económica era del 35,9%. Suecia recaudaba en impuestos el 51,1% del Producto Nacional Bruto (OCDE 2007). El ascenso de lo que Hayek llamaba colectivismo parece, pues, imparable, pero no por ello han repuntado los totalitarismos ni se ha producido la desaparición de la economía de mercado, antes bien, tras el fin de la Unión Soviética en los Noventa se ha asistido a una espectacular expansión de esta última. La mayoría de la opinión pública parece estar de acuerdo en que la presencia de un estado de mayores dimensiones que el antiguo estado-gendarme no es necesariamente una rémora para el desarrollo ni para la democracia. Pero eso no supone una total desautorización de Hayek. Como se ha hecho notar, no mantenía una postura contraria a la existencia de redes de seguridad social. La suya era una melodía con muchas variaciones posibles.

* * *

Milton Friedman, a menudo en compañía de Rose Friedman, su mujer (Friedman y Friedman, 1998), se encargaría de poner letra a la partitura de Hayek. Como buena parte de los autores que hemos seguido hasta ahora, Friedman trabajó la mayor parte de su vida en la Universidad de Chicago. Pronto se reveló como uno de los más distinguidos monetaristas (Friedman, 1953), pero desde los Sesenta complementó su trabajo académico con la participación en debates públicos y una presencia continua en los medios de comunicación. Durante muchos años escribió una columna semanal para *Newsweek*. Más revelador aún de su interés por tender puentes a los legos en economía es la serie de videos que se inició con *Free to Choose* (1980) y que popularizó las ideas desarrolladas veinte años antes (Friedman, 2002). Aunque no fue un político, sí fue, como dice Paul Krugman (2007), un intelectual público, es decir, lo que en la tradición europea se ha llamado *un intelectual* a secas. Su biografía no podría entenderse sin referencia a las dimensiones prácticas de la economía y su influencia en la vida colectiva.

Aquí sólo nos ocuparemos de esta alargada sombra pública suya que se ha convertido en la Vulgata económica de los conservadores americanos. No es sorprendente que empiece con una observación que es todo un programa político —el libre intercambio de bienes y servicios es condición necesaria para la prosperidad y la libertad y su eficacia será mayor cuanto menor sea la interferencia de los poderes públicos. Es decir, la intervención de los gobiernos en la sociedad no debe ser aceptada de forma natural; al contrario, son sus partidarios quienes han de cargar en cada caso con la prueba de su conveniencia. El éxito económico de los países no se debe ni a sus recursos naturales, ni a sus dimen-

siones, sino, sobre todo, al tamaño de sus gobiernos (Friedman, 2002). Cuanto menor, mayor éxito. Y lo que vale para el consumo interno de cada país sirve igualmente para el ámbito internacional. Los diferentes países salen mejor parados cuando se concentran en hacer aquello que hacen mejor —su ventaja comparativa— y comercian con los demás para obtener lo que necesitan a precios más bajos que si fuera producido internamente.

Como ejemplo intervencionista y nocivo, Friedman, en oposición a visiones más keynesianas (Galbraith, 1955), destacaba la política crediticia federal durante la crisis del 29 y extendía luego una crítica similar a todas las políticas intervencionistas adoptadas en Estados Unidos desde los Treinta. Algunas de ellas, como la fijación de precios y salarios, el racionamiento o el control de importaciones y exportaciones desaparecieron al fin de la guerra y con ellas la ilusión de muchos de que la planificación centralizada era el rostro del futuro, pero la presión en favor de una mayor intervención gubernamental se desplazó hacia programas de bienestar social y una creciente regulación de la economía. Esos programas, ya sean la seguridad social, el seguro de enfermedad, la educación pública o la protección ambiental se han saldado con resonantes fracasos. Por un lado, no favorecen a sus pretendidos destinatarios, sino a las clases medias. Por otro, su administración impone enormes costes burocráticos que contribuyen a su ineficacia.

Volvemos así al principio. Una sociedad será más libre y más próspera cuanto más se permita a sus miembros decidir sobre cómo quieren trabajar y en qué gastar su dinero. La mejor forma de hacerlo consiste en limitar al máximo los poderes gubernamentales, recortar impuestos, privatizar la mayoría de los servicios públicos y dejar que los mercados encuentren su equilibrio. Como diría posteriormente Ronald Reagan, con clara inspiración friedmaniana, la solución de los problemas no está en los gobiernos porque los gobiernos son precisamente la raíz de los problemas.

* * *

Hayek se mudó de Londres a Chicago en 1950. En Chicago también profesó Friedman. Tal vez en algún momento coincidirían con Strauss, pero no constan conexiones intelectuales ni amistad recíproca. Dada la complejidad de los escritos de Strauss y su continua inspiración en la filosofía clásica, seguramente éste hubiera considerado a Hayek y a Friedman como dos pesos pluma. Si acaso, dos agujeros más, y no especialmente originales, en el colador de contractualismo, hedonismo y nihilismo por el que se había deslizado la filosofía política moderna tal y como Strauss la entendía. Es difícil exagerar la distancia entre ambas actitudes intelectuales (Bloom, 1988).

Al final de sus días, Kirk no sentía gran entusiasmo por los gorjeos de los libertarios. En realidad, decía, yerran en todo. Su idea de la libertad es abstrac-

ta e ignora que sólo puede existir dentro del orden; creen que la persecución del propio interés es la verdadera trabadura de ese orden sin entender que la sociedad, en términos de Burke, es una comunidad de almas; confunden al estado, que es el garante del orden designado por la ley natural, con los gobiernos, que no son otra cosa que creaciones humanas. «Es de suma importancia que los conservadores americanos se disocien de esos residuos mustios a los que conocemos como libertarios» (Kirk, 1996).

¿Cómo ha sido posible que, a pesar de su indudable disparidad, unos y otros hayan podido cohabitar por tanto tiempo bajo el mismo techo? Para entenderlo hay que dar un repaso a la evolución intelectual de la política americana.

4. LA MEDIACIÓN POLÍTICA

Las diferencias entre las dos grandes ramas del conservadurismo americano no son fáciles de componer. Sin embargo, son diferencias ideológicas que tienen poco que ver con la evolución del entorno político y pueden apartarse porque la distancia de ambas partes respecto del sector progresista del país es aún mucho mayor. Adicionalmente, los encontronazos mutuos se hacen más llevaderos cuando existen cauces que permiten expresarlos y eventualmente limarlos.

Como señala Nash (1998), el conservadurismo de los primeros Cincuenta estaba compuesto por una serie de tribus con escasa capacidad para el diálogo. Los libertarios extremos que se inspiraban en la novelista Ayn Rand; los defensores a ultranza del *laissez-faire* como Henry Hazlitt (1969) o Frank Chodorov (Foldvary, 2006); los seguidores de Richard Weaver (1984) en su recuperación de los ideales aristocráticos del Sur; los comunitaristas como Robert Nisbet (2002); o los fundamentalistas en la estela de Kirk como Peter Viereck (1956) o Eric Vogelin (2002) o Wilmoore Kendall (1985) estaban siempre prestos a tirarse los trastos por cuestiones doctrinales.

La aparición de *National Review* (1955) inició un cambio de rumbo. La nueva revista salía bajo la dirección de William Buckley Jr. quien, andando el tiempo, acabaría por convertirse en el patriarca intelectual del conservadurismo americano. Buckley provenía de una familia acomodada, católica y conservadora y se había hecho notar muy joven con un libro enredador sobre su paso por Yale y la educación allí recibida (1986). La primera edición de 1951 levantó bastante revuelo en el mundo académico. En síntesis, Buckley denunciaba lo que la mayoría de sus profesores le habían enseñado — una economía teñida de colectivismo y una historia de la que había desaparecido la trascendencia. El libro desarrollaba su argumento con tosquedad, pero dejaba a las claras la intención sintetizadora que inspiraba a su autor. *National Review* tuvo tal éxito en la tarea de ofrecer una tribuna plural que todavía continúa publicándose. La revista ha insistido desde sus orígenes en la necesidad de dejar a un lado las querellas

de campanario entre las diversas familias conservadoras para centrarse en la crítica intelectual de las políticas liberales que eran, en la opinión de su director, los únicos y verdaderos adversarios. Su fin consistía en «ponerse al bias de la historia gritando: ‘Parad’».

En el consejo de redacción del semanario estaban todos: libertarios (el citado Chodorov, Röpke, Max Eastman y Frank Meyer), ex-radicales (James Burnham, Wilmore Kendall, Whittaker Chambers, Richard Weaver) y tradicionalistas (Russell Kirk, Donald Davison), con un fuerte predominio de los ex-radicales, muchos de ellos antiguos trotskistas. Poco a poco, la revista comenzó a dar jaques a la hegemonía intelectual de la izquierda. Convencidos de que las ideas tienen consecuencias, los editores y los colaboradores de *National Review* iban a propiciar un cambio notable en Estados Unidos. Pero el tinte claramente anti-progresista de la revista no la convirtió en un aliado fiel del partido republicano. En Eisenhower veían sus miembros una versión ligera del New Deal. A Nixon le repartieron estopa por su política de distensión con China. Ford, a su vez, era la versión ligera de Eisenhower. Tampoco el papa Juan XXIII salía indemne. La revista saludó una de sus celebradas encíclicas con el titular: *Mater sí, Magistra no*. El papa, decían, ponía en duda que cristianismo y mercado fueran compatibles.

Buckley ha tenido una impresionante carrera mediática. Además de dirigir la publicación hasta 1990, fue columnista sindicado y entre 1966 y 1999 dirigió un programa de la televisión pública que alcanzó amplia audiencia (*Firing Line*). Ha publicado más de cuarenta libros de ensayo, memorias, reportajes sobre navegación a vela. En 1976 inició una serie de novelas de espionaje con Blackford Oakes, un agente de la CIA, como protagonista. No es difícil hallar rasgos autobiográficos en el personaje pues Buckley no ocultó nunca que había trabajado para la agencia, aunque es de suponer que entre ellos no se incluye el *affaire* con la reina de Inglaterra en el que Oakes se enredaba en la primera novela de la serie.

Si el impulso de Buckley no tiene par a la hora de convertir al conservadurismo en una causa célebre, no fue sin embargo el único. Editores como Regnery, ISI o la University of Chicago Press, los esfuerzos de los bancos de pensamiento (*think-tanks*) como la Hoover Institution, American Enterprise Institute y, en general, el conjunto de organizaciones conservadoras a las que se ha llamado *la rive droite* (Mickelthwaite y Wooldridge, 2004) desempeñaron un papel clave en la consolidación del movimiento.

* * *

La influencia conservadora en la vida americana no ha hecho sino crecer desde los Cincuenta al hilo de una serie de debates en los que se ha distinguido claramente de las posiciones centristas y liberales. Es imposible anotarlos todos siquiera sea

de pasada y, pues es perentorio elegir, centraremos nuestra atención en tres de ellos: la guerra fría, la ruptura del consenso centrista y las llamadas guerras de la cultura. La influencia de los conservadores salió reforzada de cada uno de ellos y les permitió ampliar la coalición social que se habían propuesto liderar.

Muchos de los conservadores americanos se habían opuesto a la intervención en la Segunda Guerra Mundial. Los más agitados denunciaban que Roosevelt había hecho lo imposible porque le embarcasen en ella y había quien le acusaba de haber provocado Pearl Harbor. Durante la guerra algunas voces clamaban, aunque fuera en el desierto, contra la colaboración con la Rusia estalinista. Inmediatamente después aparecieron los llamados revisionistas (Charles Beard, Harry Barnes, William Chamberlin) que criticaban el intervencionismo, la forma desastrosa en la que, según ellos, Roosevelt había llevado la guerra y el reparto del mundo favorable para la URSS que el presidente había permitido en Yalta. La conversión de casi toda la Europa oriental en parte del imperio soviético y, finalmente, el establecimiento del régimen maoísta en China continental completaban un conjunto de sucesos que preocupaban mucho a los conservadores. Como decía Eugene Lyons (1941), los liberales seguían cometiendo los mismos errores que en la Década Roja de los años Treinta, es decir, ignoraban la verdadera esencia del comunismo y su capacidad de infiltración. De esa época y por razones similares data también el paso de muchos antiguos radicales al anticomunismo.

Quien se convirtió en el mayor protagonista del primer debate anticomunista fue James Burnham. Burnham había dirigido *New International*, una revista que expresaba las posiciones del movimiento trotskista del que se disociaría posteriormente por divergencias de análisis. Burnham creía incomprensible que Trotsky aún creyera al final de sus días que la URSS era un estado obrero, aunque deformado. La guinda que le llevó a la ruptura con la izquierda comunista fue el pacto Ribbentrop-Molotov para la partición de Polonia en 1939. Desde ese momento empezó a revisar sus posiciones anteriores, tanto en sus bases ideológicas (1941; 1943), como en política internacional (1964). En este segundo aspecto, Burnham estaba convencido de que el fin de la guerra iba a ir seguido de intentos soviéticos por imponer su sistema al mundo entero y de que sólo Estados Unidos tenía poder suficiente para abortar esa amenaza. Para él, posiblemente la contención de la política soviética tuviese que pasar por una nueva guerra. Significativamente, su columna en *National Review* llevaba el título genérico de *La Tercera Guerra Mundial*. No se trataba, en su caso, tanto de participar en la campaña del senador McCarthy para desenmascarar a los comunistas, reales o imaginarios, emboscados en la administración y en la sociedad americanas. Para Burnham, lo decisivo era arrebatarse al comunismo el barniz de legitimidad que le habían regalado los liberales que dirigieron la guerra y la inmediata posguerra.

La tesis contencionista marcó un cambio importante en la mentalidad conservadora americana. Las llamadas al aislacionismo que tanto peso habían teni-

do tan sólo quince años antes fueron desechadas para afirmar el papel internacional de Estados Unidos. La mayoría de los conservadores americanos llegaron a la convicción de que ni ellos ni el país podían desentenderse de lo que pasase en el resto del mundo, especialmente en Europa que, en su opinión, no tenía ni la voluntad ni los recursos para defenderse adecuadamente de los embates soviéticos.

Con diferentes matices, la política exterior americana no ha renunciado al intervencionismo desde entonces. Sin embargo, la aparición en escena de los neoconservadores durante los Setenta vino acompañada de una crítica a la escasa firmeza anticomunista, desde a Eisenhower y Nixon hasta la que consideraban total bancarrota de Carter. Los neocon reflejaban el desencanto con la política de distensión con la Unión Soviética y de debilidad con los nuevos regímenes autoritarios en el campo internacional.

Fue Jeane Kirkpatrick quien mejor expresó las posiciones del grupo en política exterior. Kirkpatrick enseñaba en Georgetown y había sido miembro del partido demócrata por largo tiempo, pero la candidatura de George McGovern en 1974 y la política de Carter le llevaron a pasarse a los republicanos desde la llegada de Reagan a la presidencia. Su prontuario de política internacional, que ha sido bautizado como doctrina Kirkpatrick, exigía mayor determinación para contener la amenaza soviética y más flexibilidad ante las dictaduras aliadas con Estados Unidos. Frente al idealismo de extender la democracia por el mundo, aun a costa de aceptar la caída de regímenes como el de Somoza en Nicaragua o el del Shah en Irán, Estados Unidos tenía que defender sus propios intereses aunque eso generara críticas en algunos sectores de la comunidad internacional y en casa. En Nicaragua o en Irán, la política americana había tenido que elegir entre dos tipos de dictaduras y había elegido mal. Cuando se presenta semejante dilema cornudo, los defensores de la democracia no podían ignorar que si en ocasiones algunas dictaduras derechistas habían evolucionado hacia fórmulas democráticas, las otras nunca cambiaban. «El compromiso americano con el *cambio* en abstracto acaba por colocarnos tácitamente en el mismo campo que a los clientes soviéticos o a los extremistas irresponsables» (1996: 179). Los liberales se dejan engañar por supuestos liberadores que acaban por dar en el totalitarismo, pero la defensa de la democracia no tiene que ser incompatible con la de los intereses nacionales. Aunque Kirkpatrick no le cita, parece innecesario subrayar la afinidad de esta posición con el realismo de Strauss sobre el poder despótico.

Los hechos no han sido excesivamente bondadosos con la doctrina Kirkpatrick. La implosión del imperio soviético pareció dar la razón al argumento neoconservador de que la URSS era más susceptible de lo que parecía a las presiones en favor del reconocimiento de los derechos humanos, pero, visto en la distancia, no puede decirse que el desenlace final siguiese la falsilla neocon. Los regímenes comunistas se hundieron para dar paso a una oleada de nuevas democracias, evolucionando de forma distinta de lo que la doctrina suponía.

El triunfo de las tesis neocon, pues, fue más aparente que real. En realidad los neoconservadores se vieron tan sorprendidos por su mala información como la mayoría de los observadores. Tanto como los liberales, ellos desconocían qué estaba sucediendo en la URSS, sobrevaloraban la capacidad represiva de su gobierno y creían menos de lo que decían en el descontento popular con el comunismo. Los neoconservadores, empero, improvisaron un rápido peán a su capacidad de leer el futuro y creyeron que el deseo de vivir en democracia y de adoptar el estilo de vida y de gobierno americanos se habían convertido en un anhelo universal irrefrenable. Pocos años después, tras la invasión de Irak en 2003, se iba a poner de relieve que las tropas americanas no desempeñaban el mismo papel que sesenta años antes tuvieron en Normandía y que su paso no era precisamente saludado por explosiones florales. Pero, en cualquier caso, bajo Reagan, los neoconservadores habían conseguido ofrecer una imagen internacional más firme que los liberales y, con ello, habían reforzado su papel ante la opinión pública americana.

* * *

El segundo gran debate al que contribuyeron los conservadores minó la credibilidad del consenso centrista. Como se ha hecho notar, la más influyente interpretación de la historia política americana mantiene que el país ha de confiar su representación a un centro vital (Schlesinger, 1999). Sin embargo, eso era precisamente lo que los conservadores querían desacreditar. Las primeras salvas se oyeron en el partido republicano con la nominación de Barry Goldwater como candidato a la presidencia en 1964. Recientemente se ha iniciado una corriente de reevaluación de su papel (Middendorf, 2006; Perlstein, 2001) en el éxito posterior del movimiento conservador americano acompañada de una moraleja —la derrota de Goldwater en las urnas fue en realidad un triunfo. El candidato, subrayan estos autores, prefirió perder las elecciones a sacrificar sus principios, dando una lección sobre lo que debe ser un político de carácter que, a diferencia de los centristas y liberales, no está dispuesto a mercadear con sus convicciones.

En la realidad el triunfo de Goldwater en la convención republicana de 1964 señaló algo distinto. Ante todo, la irrupción de la nueva generación republicana *del sol*, es decir, de la zona que va de California hasta los estados del antiguo sur. Era un nuevo populismo de clase media defraudada por el establecimiento tradicional (McGirr, 2001), con base en los suburbios que habían crecido tras el fin de la guerra, y pivotaba sobre California. Socialmente, su núcleo lo constituían los profesionales de la nueva economía de servicios basada en los cambios demográficos (Applebome, 1996; Aramberry, 1999). Era la nueva mayoría republicana emergente, como la definiera Kevin Phillips (1969), gran parte de la cual se identificaba con el mensaje de los conservadores normativos, es decir, eran profundamente religiosos y tradicionales en cuanto a sus valores pero, al

tiempo, estaban dispuestos a sacar todo el partido posible de las ventajas y de los medios de que les dotaba la sociedad moderna. El partido tradicional de los patricios iba a caer en manos de los plebeyos.

A este sector social le venía como anillo al dedo la ideología de Goldwater recogida en *Conciencia de un Conservador* (1960). El libro lo firmaba el candidato, pero en realidad era obra de L. Brent Bozell, íntimo amigo y más tarde cuñado de William Buckley con quien había escrito algunos trabajos conjuntos. Llevaba un mensaje sencillo con llamadas a la integridad de los individuos, a la recuperación de la moral pública y a una mayor libertad para las comunidades locales y los estados federados. Igualmente lanzaba un mensaje claramente libertario en cuestiones económicas y furiosamente anticomunista en política exterior. El libro popularizó para el gran público la ideología conservadora. Para 1964, se habían vendido ya más de tres millones y medio de ejemplares.

Ganar la nominación presidencial no era una meta fácil porque las estructuras del partido republicano hacían difícil el triunfo de un candidato no ungido por los notables. Pero la campaña de Goldwater movilizó un ejército de conservadores jóvenes y entusiastas que desbordaron ese marco. Su protagonismo era una novedad en el partido y acabó por desplazar a los candidatos de la moderación, entre los cuales Nelson Rockefeller, nieto del fundador de Standard Oil y miembro de uno de los clanes más adinerados del país, parecía destinado a hacerse con el triunfo. La movilización conservadora obtuvo una serie de éxitos, el más sonoro de los cuales fue ganar la designación de su candidato, e imponer una plataforma que incluía medidas libertarias, como la abolición de los impuestos sobre la propiedad inmueble, y una batería de medidas para defender los valores morales. En el terreno internacional ofrecían frente al comunismo una combinación de nacionalismo orgulloso e intervencionismo activo. Había, ante todo, un aspecto en el que los conservadores se ponían claramente al bies de la historia —los derechos civiles. Para ellos no había urgencia en decidir un asunto que debía ser, ante todo, resuelto por los estados y no por el gobierno federal. Los conservadores denunciaban la colusión entre defensores de los derechos civiles y activistas universitarios en creciente rebeldía contra la intervención en Vietnam.

En la elección presidencial Goldwater sufrió una seria derrota. La distancia en votos que le separó de Johnson llegó a 16 millones y sólo ganó en seis estados del país, cinco de ellos en el sur profundo. Como señala McGirr (2001), no era fácil para los conservadores hacer valer sus puntos de vista en un momento de bonanza económica que se atribuía a la gestión de los liberales y la plataforma de Goldwater no tenía credibilidad más que en la zona más irredenta del país. Por otra parte, su mensaje de firmeza anticomunista parecía abrir la posibilidad de una confrontación nuclear con los soviéticos más probable que durante la crisis de los misiles cubanos en 1962. Todavía hoy aparece en los libros de texto sobre publicidad el anuncio televisivo diseñado por la empresa DDB que apuntilló a Goldwater —una niña deshojando una margarita mientras una

voz en off desgranaba la cuenta atrás y, al llegar a cero, una nube nuclear aparecía en el horizonte.

La derrota de Goldwater, sin embargo, cambió sustancialmente al partido republicano. Por un lado, ahora contaba con una ideología unificadora; por otro, los conservadores habían cobrado confianza en sus propias fuerzas. Poco a poco fueron ganando posiciones y desde entonces el partido iba a estar en sus manos hasta el día de hoy. Republicanos y conservadores se convirtieron en hermanos siameses.

Ronald Reagan encontró la salida del tremedal en que se había extraviado Goldwater y, al poco de la derrota de éste, ganaría en 1966 el gobierno de California (Reagan, 2001; 2003). Las fuerzas desencadenadas a ambos lados del espectro político por el movimiento de derechos civiles y la intervención en Vietnam se habían vuelto también en contra de los demócratas creando tensiones virulentas entre moderados y radicales. Hasta tal punto habían crecido que ambos lados no iban a poder seguir conviviendo en el mismo partido. Por ahí empezó a hacer agua la coalición social que los demócratas habían formado desde los años Treinta y la campaña de Reagan golpeó sobre esa cuña con llamamientos en favor del orden, dirigidos a uno de los bastiones tradicionales del partido —las bases sindicalistas. A una organización bien financiada, a la movilización de sus bases y al martilleo de sus objetivos conservadores, Reagan añadía una característica personal que no poseía Goldwater. Para su auditorio, y para otros muchos que no eran simpatizantes suyos, las aristas más salientes de su ideología quedaban en un segundo plano y él aparecía como un repositorio del sentido común. Su triunfo en las presidenciales de 1980 relegó a los demócratas a una situación de minoría por doce años. En cualquier caso, el nuevo presidente había dejado maltrecha la coalición social de los demócratas y había acabado con el consenso centrista.

* * *

El tercer soporte de la ascendencia intelectual de los conservadoras incluye un amplio conjunto de campañas monotemáticas protagonizadas por muy diversos actores. Son las llamadas guerras de la cultura (Hunter, 1992; Wallis, Weems y Yenawine, 1999; Watson, 2002), una expresión que trae su nombre del *Kulturkampf* que se desarrolló en Alemania en tiempos de Bismarck. El nombre, empero, es la única coincidencia entre aquellas medidas adoptadas para someter a la iglesia católica a la autoridad del estado prusiano y los debates que se han producido en Estados Unidos, inspirados básicamente por la lucha contra las ideas y las políticas liberales. Más que la imposición de medidas políticas concretas, las guerras de la cultura americanas han tenido como objetivo influir sobre la opinión pública en favor de las opciones conservadoras.

Para los conservadores, el liberalismo ha conseguido desarrollar un credo general que aplican por defecto muchos americanos. Ese código intelectual

progresista provee respuestas tanto para cuestiones básicas (la existencia de Dios; el papel social de la religión; relaciones entre ciencia y fe; evolucionismo o creacionismo) como para políticas concretas (activismo judicial; aborto; relaciones interraciales; matrimonio homosexual; planes de estudio en las escuelas). Y esas respuestas tienden a sacar de los debates las exigencias morales que, sin embargo, animan también a muchos americanos. Según ellos, la urgencia de las guerras de la cultura se ha hecho perentoria porque las elites seculares emplean los medios de comunicación, la burocracia pública y, especialmente, los tribunales (organismos todos ellos ocupados por los progresistas y liberales desde los años Treinta) para imponer su credo (Lawler, 2006). Urgidos por el espacio, aquí nos referiremos tan sólo a tres debates que han resultado cruciales: el movimiento a favor de la vida; las políticas de acción afirmativa; y los valores morales y familiares.

En 1973 el Tribunal Supremo emitió sentencia en el asunto *Roe vs. Wade* y declaró inconstitucional una ley del estado de Tejas que consideraba al aborto como un delito. El razonamiento jurídico se basaba en el reconocimiento de que el aborto formaba parte de un derecho a la vida privada cuyos límites variaban a lo largo del tiempo. Adicionalmente, el tribunal declaraba que el feto no tenía derechos personales y entraba a regular el derecho a terminar el embarazo con diversas modalidades según avanzaba éste. Desde su publicación la sentencia levantó una tormenta entre los conservadores por dos motivos. El primero, que el feto no es sólo una vida potencial, sino un ser humano completo. El aborto supone la destrucción intencional de un ser humano inocente y acabar con él es un homicidio (Arkes, 2002). La segunda razón arguye que, al adoptar su sentencia, el tribunal excedió los límites de sus funciones e invadió competencias legislativas. Los jueces liberales habían decidido reformar por su cuenta la constitución (Bork, 1997; 2003).

La revuelta contra el aborto suponía un choque frontal entre los conservadores y el movimiento feminista, una de cuyas premisas básicas era el derecho de las mujeres a decidir sobre cómo regular su fertilidad. De paso, introducía otra cuña entre sus partidarios liberales y los votantes más tradicionales del partido demócrata (Day, 2006). En 1980 el partido republicano incluyó la eliminación del derecho al aborto en sus programas electorales y, desde Reagan al segundo Bush, ninguno de sus candidatos a la presidencia ha puesto en cuestión la regla. Los conservadores, al tiempo, fueron situando su argumento contra el aborto dentro de una perspectiva más amplia —el derecho a la vida. Con ello trataban de situarse en un terreno de superioridad moral. Ahora el aborto iba dentro de un paquete en el que se incluían el rechazo de la eutanasia y otros asuntos bioéticos como la oposición al uso de células madres para investigación (Russell y Pynes, 2006) o al *cloning* de seres humanos (NRLC, 2007).

Las políticas de acción afirmativa han sido otro importante elemento de agitprop en la política americana reciente. En síntesis, se llama acción afirma-

tiva a los distintos programas públicos y privados cuyo fin es dar mayores oportunidades a diferentes grupos sociales que hayan sufrido algún tipo de discriminación. Las medidas iniciales tenían como principal destinataria a la minoría negra descendiente de los esclavos traídos al país sin consentimiento ni contrato (Fogel, 1994), pero pronto se fueron ampliando a las mujeres, a diferentes grupos étnicos y a los minusválidos. Si inicialmente las distintas leyes de derechos civiles eran de obligado cumplimiento para las burocracias públicas, pronto se adoptaron medidas para asegurar la diversidad en las empresas privadas, las universidades y otras instituciones. Muchos de estos programas contaron con amplia aceptación inicial. Sin embargo, a medida que surgían problemas en su aplicación, los conservadores empezaron a mostrar su oposición y a favorecer su limitación. No pasaría mucho tiempo sin que la oposición a la acción afirmativa se convirtiese en un principio.

Para los conservadores, como todas las intervenciones públicas, esos programas nunca consiguen los resultados propuestos. Ante todo, tienen una perversa tendencia a perdurar. Se adoptan como medidas coyunturales contra la discriminación y, por tanto, se presentan como transitorios, pero, una vez adoptados, se mantienen sin horizonte final y se aplican de forma sorprendente. Inmigrantes recién llegados al país y que, por tanto, no han sufrido discriminación local alguna reciben la misma protección que aquellos cuyos antepasados fueron esclavizados. Las mujeres, así sean pobres o pertenezcan a familias tradicionalmente privilegiadas, tienen igual derecho a los mismos beneficios. En definitiva, se ha establecido un sistema de cuotas grupales que deja fuera de juego a los únicos que no pueden acogerse a él, es decir, hombres-blancos-asalariados. Por muy progresivo que se repute, todo sistema de cuotas es la antítesis del mercado y del mérito (Sowell, 2005).

Finalmente, nos referiremos a otra de las grandes batallas en las guerras de la cultura —la defensa de los valores morales. Aunque el asunto había venido siendo un caballo de batalla conservador durante más de veinte años, su discusión cobró un interés poco usual tras las elecciones de 2004. De creer a los votantes, la elección no la definió la situación de la economía, ni la guerra de Irak, ni siquiera el terrorismo, que aparecían en todas las encuestas previas como los tres grandes problemas para los electores, sino los valores morales. Una mayoría de electores declaraba que ése era el asunto más importante y entre ellos, cuatro de cada cinco votaron por Bush. Los conservadores se apresuraron a celebrarlo como el triunfo definitivo de sus posturas, pero era el suyo un alborozo prematuro. Buena parte de los americanos cree que el país sufre una crisis de valores morales pero no todos están de acuerdo en su significado. Un 15 por ciento de quienes declaraban no ir a la iglesia y un doce por ciento de liberales también adujeron la crisis como razón principal de su voto. Más aún, un 55 por ciento de los votantes se declaraba a favor de que el aborto siguiese siendo legal y un 60 por ciento lo hacía a favor de las uniones homosexuales.

Sin embargo, es indudable que los conservadores se han beneficiado de la agitación en torno a este tema. Desde los Sesenta, la sociedad americana ha visto aumentar el número de divorcios y bajar el de matrimonios; el número de madres solteras ha crecido exponencialmente; hay mucha mayor permisividad sexual; el consumo de drogas sigue siendo alto; hay una presión creciente a favor del matrimonio homosexual; el uso de la pornografía ha sido legalizado; hay voces a favor de una regulación de la eutanasia. Es decir, muchos de los fundamentos de la moral social conservadora se han visto debilitados, precisamente al amparo de sentencias judiciales. Buena parte de los neoconservadores hizo suya la preocupación por esa deriva, para muchos de ellos tan importante como el anticomunismo en su abandono de las opciones liberales. Irving Kristol (1995), antiguo radical y luego uno de los mejores abogados del caso conservador, ve los nuevos estilos de vida como un movimiento endógeno a la sociedad moderna. La contracultura apareció inicialmente en el mundo del arte y pasó posteriormente a influir en muchos otros campos tras su entrada triunfal en la academia. Era una protesta contra la cultura racionalista, monetaria y vacía de las sociedades de mercado y de sus instituciones clave. La reacción liberal contra esas tendencias fue muy tenue, proponiendo nuevas virtudes como la tolerancia, el relativismo y el pluralismo que no han hecho sino dejar el campo libre a la extensión de la guerrilla contracultural, tal vez porque, en el fondo, los liberales no pueden ver el horizonte más allá de la economía. Retomando ideas de Strauss, Kristol propugna una vuelta a las virtudes tradicionales frente a la avalancha contracultural. Algunos otros, por ejemplo Gertrud Himmelfarb son más contundentes —la única solución está en la recuperación de los valores victorianos (2001). Los conservadores normativos piden que el congreso y las legislaturas estatales adopten medidas para contener la marea y piensan que así podrán ampliar su coalición social con votantes moderados a quienes les preocupan también las sacudidas del orden establecido.

5. CONCLUSIÓN

Este recorrido por las raíces intelectuales del movimiento conservador americano puede resumirse en las conclusiones siguientes:

- Una de las peculiaridades de la vida política americana hasta los años Treinta fue la existencia de un centro vital en torno al cual giraban las políticas de los dos grandes partidos, el republicano y el demócrata. No existía, pues, hasta hace poco una fórmula conservadora exitosa.
- Desde los Sesenta se nota una creciente división de la política americana en torno a dos grandes polos, uno progresista y otro conservador. El éxito de los conservadores consistió en su habilidad para construir una amplia coalición social que les ha llevado a poder realizar sus políticas desde los años Ochenta.

- Buena parte del éxito conservador se debe al cambio del clima intelectual americano al que han contribuido muchos de sus pensadores. No todos, sin embargo, comparten las mismas premisas teóricas.
- El primer gran estrato del conservadurismo americano lo representan los llamados conservadores sociales o normativos. Sus propuestas políticas giran en torno a la recuperación de Gran Tradición según la cual las decisiones políticas y las leyes deben someterse a las exigencias de la ley natural. Los preceptos básicos del derecho natural pueden alcanzarse por el ejercicio de la razón y por la fe. Hay, pues, dos grandes corrientes de conservadores normativos —fundamentalistas y comunitarios. Cada una de ellas subraya con diferente firmeza los aspectos racionales y religiosos de la obligación política.
- Los libertarios forman la segunda línea conservadora y tienen menor interés por cuestiones de principio. Lo importante es el buen funcionamiento de la economía capitalista que, a su vez, exige limitar al máximo la expansión del estado y del corporativismo. Mientras los normativistas tienen un código estricto de valores que quieren imponer tanto en la esfera pública como en la privada, los libertarios consideran que ésta última debe de ser dejada al libre albedrío mientras no interfiera con la libertad de los demás.
- Ambas escuelas de pensamiento parecen difíciles de conciliar. Sin embargo, hasta el momento, han conseguido mantener su unidad de acción frente a lo que ellos consideran una alianza de progresistas y radicales, a la que han bautizado como liberalismo. La existencia de ese adversario común ha limado la aparición de diferencias políticas inconciliables en el seno del movimiento conservador.
- La mediación de la política en asuntos como el anticomunismo, la crítica del consenso centrista y las guerras de la cultura ha podido hasta el momento evitar la explosión de las fricciones que en ocasiones se han hecho sentir en su seno.
- El segundo elemento estabilizador de la coalición lo han representado los múltiples nexos de comunicación mutua en publicaciones, bancos de pensamiento y algunas universidades. Ese complejo mundo de producción intelectual no ha podido ser examinado en este trabajo.

Un repaso a las raíces intelectuales del movimiento conservador americano debe evitar cuidadosamente la futurología. Nada, por el contrario, suele interesar tanto a los seguidores de la política americana y, en general, a los lectores avisados. Sin tratar de leer los posos del té, de lo visto hasta ahora, podría deducirse que el consenso centrista no tiene fácil su vuelta a escena y que el conservadurismo americano ha conseguido consolidarse como una fórmula duradera, más allá de vaivenes electorales. Sin embargo, la forma en que se aborden conflictos como el desenlace de la guerra en Irak o la regulación de la inmigración pueden hacer que se tambalee la mediación positiva que hasta el momento ha asegurado el encuentro entre las dos grandes alas del movimiento conservador.

6. BIBLIOGRAFÍA

- APPLEBOME, PETER (1996): *Dixie Raising. How the South is Shaping American, Values, Politics, and Culture*. Nueva York: Times Books.
- ARAMBERRI, JULIO (1999): *El gran puzzle Americano*. Madrid: Aguilar-*El País*.
- ARMSTRONG, KAREN (2001): *The Battle for God: A History of Fundamentalism*. New York: Ballantine Books.
- ARKES, HADLEY (2002): *Natural Law and the Right to Choose*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BENNETT, WILLIAM (1996): *The Book of Virtues*. Nueva York: Simon & Schuster.
- BERLET, CHIP y MATTHEW N. LYONS (2000): *Right Wing Populism in America. Too Close for Comfort*. Nueva York y Londres: The Guilford Press.
- BLOOM, ALLAN (1987): *The Closing of the American Mind*. Nueva York: Simon & Schuster.
- BORK, ROBERT (1997): *Slouching Towards Gomorrah: Modern Liberalism and American Decline*. Nueva York: Harper Collins.
- (2003): *Coercing Virtue: The Worldwide Rule of Judges*. Washington DC: AEI Press.
- BUCKLEY JR., WILLIAM (1986): *God and Man at Yale. The superstitions of «Academic Freedom»*. Washington DC: Regnery.
- BURNHAM, JAMES (1941): *The Managerial Revolution*. Nueva York: John Day.
- (1943): *The Machiavellians, Defenders of Freedom*. Chicago: Regnery.
- (1960): *Suicide of the West*. Nueva York: John Day.
- BURKE, EDMOND (1968): *Reflections on the Revolution in France*. Harmondsworth: Pelican Books.
- DAY, KRISTEN (2006): *Democrats for Life: Pro-Life Politics and the Silenced Majority*. Portland: New Leaf Press.
- DIAMOND, SARA (1995): *Roads to Dominion: Right-Wing Movements and Political Power in the United States*. New York: Guilford.
- DWORKIN, RONALD (1996): *The Rise of the Imperial Self*. Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield Publishers.
- ETZIONI, AMITAI (1995): *Old Chestnuts and New Spurs*. In Etzioni, Amitai (ed.), *New Communitarian Thinking: Persons, Virtues, Institutions and Communities*. Charlottesville: The University of Virginia.
- FOLDVARY, FRED (2006): *Frank Chodorov*. In Frohnen, Bruce, Jeremy Beer y Jeffrey Nelson (Eds.) *American Conservatism. An Encyclopedia*. Wilmington: ISI Books.
- FOGEL, ROBERT (1994): *Without Consent or Contract: The Rise and Fall of American Slavery*. Nueva York: Norton & Norton.
- FRIEDMAN, MILTON (1953): *Essays in Positive Economics*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (2002): *Capitalism and Freedom*. Chicago: The University of Chicago Press
- FRIEDMAN, MILTON y ROSE FRIEDMAN (1980): *Free to Choose. A Personal Statement*. Nueva York: Harcourt.
- (1998): *Two Lucky People. Memoirs*. Chicago: The University of Chicago Press.
- FROHNEN, BRUCE, JEREMY BEER y JEFFREY NELSON (Editores) (2006): *American Conservatism. An Encyclopedia*. Wilmington: ISI Books.

- GALBRAITH, JOHN K. (1955): *The Great Crash 1929*. Boston: Houghton Mifflin.
- GOLDWATER, BARRY (1960): *The Conscience of a Conservative*. Shepherdsville: Victor Publishing House.
- HAYEK, FRIEDRICH AUGUST von (1978a): *Law, Legislation and Liberty: Volume 1: Rules and Order*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1978b): *Law, Legislation and Liberty: Volume 2: The Mirage of Social Order*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1981): *Law, Legislation and Liberty: Volume 3: The Political Order of a Free People*. Chicago: The University of Chicago Press (Trad. cast., *Derecho, Legislación y Libertad*, Vols. 1-3. Madrid: Unión Editorial).
- (1991): *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1994): *The Road to Serfdom*. Chicago: The University of Chicago Press. (Trad. Cast. *Camino de Servidumbre*. Madrid, 2002: Alianza).
- (1996): *Individualism and the Economic Order*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (2007): *The Constitution of Liberty*. Nueva York y Londres: Routledge (Trad. Cast., *Los Fundamentos de la Libertad*, Madrid 1998: Unión Editorial).
- HAZLITT, HENRY (1969): *Man vs. the Welfare State*. New Rochelle: Arlington House.
- HIMMELFARB, GERTRUD (2001): *One Nation, Two Cultures. A Searching Examination of American Society in the Aftermath of our Cultural Revolution*. Nueva York: Vintage Books.
- HOFSTADTER, RICHARD (1948): *The American Political Tradition and the Men who Made It*. Nueva York: Knopf.
- HUNTER, JAMES D. (1992): *Culture Wars: The Struggle to Define America*. Nueva York: Basic Books.
- KENDALL, WILMOORE (1985): *The Conservative Affirmation*. Chicago: Regnery Gateway.
- KIRK, RUSSELL (1951): *Randolph of Roanoke: A Study on Conservative Thought*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1986): *The Conservative Mind. From Burke to Eliot*. Washington: Regnery.
- (1996): *Libertarians: Chirping Sectaries*. In Panichas, George (ed.), *The Essential Russell Kirk. Selected Essays*. Wilmington: ISI Books.
- KIRKPATRICK, JEANNE (1996): *Dictatorships and Double Standards*. In Mark Gerson (ed.), *The Essential Neo-Conservative Reader*. Reading: Addison-Wesley Publishing Co.
- KRISTOL, IRVING (1995): *Neo-Conservatism. Selected Essays 1949-1995*. Nueva York: The Free Press.
- KRUGMAN, PAUL (2007): *Who Was Milton Friedman*. *The New York Review of Books*. 15 Febrero.
- LAWLER, PETER AUGUSTINE (2006): *Culture Wars*. In Frohnen, Bruce; Jeremy Beer y Jeffrey Nelson (Editores) *American Conservatism. An Encyclopedia*. Wilmington: ISI Books.
- LIPSET, SEYMOUR MARTIN (1996): *American Exceptionalism. A Double-Edged Sword*. Nueva York: W:W. Norton & Co.
- LIPSET, SEYMOUR MARTIN y GARY MARKS (2000): *It Didn't Happen Here. Why Socialism Failed in the United States*. Nueva York: W:W. Norton & Co.

- LYONS, EUGENE (1941): *The Red Decade: The Stalinist Penetration of America*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- MARTY, MARTIN y R. SCOTT APPLEBY (eds.) (1991): *The Fundamentalist Project. Volume 1: Fundamentalisms Observed*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1993a): *The Fundamentalist Project. Volume 2: Fundamentalisms and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1993b): *The Fundamentalist Project. Volume 3: Fundamentalisms and the State*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1994): *The Fundamentalist Project. Volume 4: Accounting for Fundamentalisms*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1995): *The Fundamentalist Project. Volume 5: Fundamentalisms Comprehended*. Chicago: University of Chicago Press.
- MCGIRR, LISA (2001): *Suburban Warriors. The Origins of the New American Right*. Princeton: Princeton University Press.
- MICKELTHAWAITE, JOHN y ADRIAN WOOLDRIDGE (2006): *Una Nación Conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*. Trad. castellana de Julià de Jódar. Barcelona: Random House-Mondadori.
- MIDDENDORF, J. WILLIAM (2006): *A Glorious Disaster: Barry Goldwater's Presidential Campaign and the Origins of the Conservative Movement*. Nueva York: Basic Books.
- MOSCA, GAETANO (1923): *Elementi di Scienza Política*. Turín: Fratelli Bocca.
- NASH, GEORGE H. (1998): *The Conservative Intellectual Movement in America since 1945*. Wilmington: Intercollegiate Studies Institute.
- NOZICK, ROBERT (1974): *Anarchy, State and Utopia*. Nueva York: Basic Books.
- NRLC (National Right to Life Campaign) (2007): Issue Info. http://www.nrlc.org/killing_embryos/index.html.
- OCDE (2007): Country Statistical Profiles. <http://stats.oecd.org/WBOS/default.aspx?DatasetCode=REFSERIES>.
- PANICHAS, GEORGE (ed.) (2007): *The Essential Russell Kirk. Selected Essays*. Wilmington: ISI Books.
- PERLSTEIN, RICK (2001): *Before the Storm. Barry Goldwater and the Unmaking of American Consensus*. Nueva York: Hill and Wang.
- PHILLIPS, KEVIN (1969): *The Emerging Republican Majority*. New Rochelle: Arlington House.
- PUTNAM, ROBERT (2000): *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon & Schuster.
- REAGAN, RONALD (2001): *Reagan, In His Own Hand*. Kiron Skinner *et alii* (eds.). Nueva York: The Free Press.
- (2003): *Reagan: A Life in Letters*. Kiron Skinner *et alii* (eds.). Nueva York: The Free Press.
- ROSS, DOROTHY (1991): *Origins of American Social Science*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RUSSELL, MICHAL y CHRISTOFER PYNES (2006): *The Stem Cell Controversy: Debating the Issues*. Nueva York: Prometheus.
- SCHLESINGER, ARTHUR M. JR. (1997): *The Vital Center: The Politics of Freedom*. Nueva York: Transaction Books.
- (1999): *The Cycles of American History*. Nueva York: Mariner Books.

- SMITH, ORAN (2006): Fundamentalism. In Frohnen, Bruce, Jeremy Beer y Jeffrey Nelson (Eds.) American Conservatism. An Encyclopedia. Wilmington: ISI Books.
- SOMBART, WERNER (1906): Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus? Tübingen: J.B. Mohr.
- SOWELL, THOMAS (2005): Affirmative Action around the World: An Empirical Study. New Haven: Yale Nota Bene.
- STRAUSS, LEO (1965): Natural Right and History. Chicago & London: The University of Chicago Press.
- (1964): Meditación sobre Maquiavelo. Traducción castellana de Carmela Gutiérrez de Gamba. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- (1978): The City and Man. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1988): What is Political Philosophy? And Other Studies. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1995): Liberalism Ancient and Modern. Chicago: The University of Chicago Press.
- (2000): On Tyranny. Chicago: The University of Chicago Press.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE (1951): De la démocratie en Amérique. Paris: Gallimard.
- TRILLING, LIONEL (1976): The Liberal Imagination. Nueva York: Scribner.
- VIERECK, PETER (1956): Conservatism: From John Adams to Churchill. Princeton: Van Nostrand.
- VOEGELIN, ERIC (2002): Science, Politics and Gnosticism. Wilmington: Intercollegiate Studies Institute.
- WALLIS, BRIAN; MARIANNA WEEMS y PHILLIP YENAWINE (1999): Art Matters: How the Culture Wars Changed America. Nueva York: New York University Press.
- WATSON, BRADLEY (2002): Courts and the Culture Wars. Lexington: Lexington Books.
- WEAVER, RICHARD (1984): Ideas Have Consequences. Chicago: The University of Chicago Press.
- WELLS, H.G. (1906): The future in America. Nueva York: Harper / Brothers.